

RESEÑAS

Silvia Lidia González, *Hiroshima: la noticia que nunca fue ¿Cómo se censura la información en tiempos de conflictos?*, Mérida, Venezuela, Editorial Venezolana-El Colegio de México-Fundación Japón, 2004, 649 pp.

Los novecentistas vivieron un siglo de acercamiento paulatino, a veces intempestivo, a las relaciones internacionales. Los procesos de contacto entre estados, comunidades y seres se volvieron más frecuentes, rápidos e intensos. Valga la ahora perogrullada de que los adelantos tecnológicos y los medios de comunicación tuvieron un papel decisivo en estos cambios, no siempre para bien. De ahí la necesidad de que libros tan afortunados como éste hagan ajustes de cuentas sobre la difusión de hechos que fueron fundamentales en el desarrollo historiográfico y humano del siglo XX, pero no tuvieron la fuerza mediática inmediata que, desde los raseros éticos formados por nuestra historia, se hubiera esperado.

La tesis central del libro es que “lo sucedido el 6 de agosto de 1945 debió ser la noticia de mayor impacto en el siglo XX. Sin embargo, no llegó a serlo, por la influencia de las estrategias comunicativas de la censura y la propaganda, ejercidas desde el poder” (p. 16). La autora desarrolla su argumento con gran precisión conceptual e información hemerográfica y testimonial pertinente y perfectamente delimitada. Su idea es retratar con la cobertura de un solo hecho las presiones que sufren tanto las fuentes de la noticia, es decir los sujetos del hecho, como los receptores del mensaje noticioso que a su vez presionan a los transmisores o medios de comunicación y al propio mensaje. Para lograr su objetivo inicia su primer capítulo desligándose de visiones estructuralistas del proceso comunicativo o, más escandaloso aún, del proceso de la comunicación de masas, conceptualizando lo que con gran simpatía y profundidad llama “Modelo atómico de comunicación”, cuya aplicabilidad se circunscribe a los tiempos de guerra. Según su modelo, la sociedad, con sus ansiedades, querellas y necesidades, presiona a los medios de comunicación que, a su vez, provocan constantes

explosiones informativas con efectos expansivos tan poderosos con su carácter fragmentario que pueden llegar, aunque no siempre, a ser duraderos y mortales. (p. 29). Es decir, el libro no intenta satanizar a los medios de comunicación, los gobiernos, los ciudadanos de los países Aliados o del Eje, sino que se trata de realizar un esfuerzo hermenéutico que nos permita comprender el papel que cada actor tuvo en la creación de una de las imágenes más fuertes del siglo XX, con el fin de observar cómo funcionan los mecanismos de manipulación, censura y propaganda, que explica ampliamente en capítulos posteriores.

Detrás de esta intención y este modelo inspirado en teorías “posmodernas”, es posible observar una intención profundamente moderna, para ser preciso, *humanista*: recuperar a las personas que quedan sepultadas bajo categorías ideológicas en la vorágine del proceso comunicativo inmediato de los medios y a largo plazo en las reconstrucciones historiográficas. Esto se vuelve aún más evidente con la lectura del capítulo 4, en que se ensaya una crónica de los sucesos de Hiroshima mediante la recuperación de voces contemporáneas de los hechos tanto del lado de quienes lanzaron la bomba desde el cielo como de los sobrevivientes y testigos de lo que pasaba en el calcinante infierno bajo la nube del hongo atómico. La pertinencia de la vocación humanista del libro se redondea en el capítulo 9, donde analiza las nefastas consecuencias, efectos, agravios y búsquedas de expresión alternativa mediante el arte, ante la supresión de la importancia de la explosión de la bomba nuclear en Hiroshima por parte de la prensa contemporánea y, más aún, por parte de la decisión unilateral y antidemocrática del presidente de Estados Unidos, Harry S. Truman.

Justo es decir que la autora no cae en la fragmentación aparentemente implícita en su enfoque. El capítulo 2, en que presenta la visión de los científicos que intentaban abrirse camino entre los senderos del silencio, nos muestra que una de las grandes virtudes de la tesis del libro es que a partir de una noticia, la bomba en Hiroshima, pueden exponerse ideas amplificadoras de nuestra visión de un tema que marcó todo un periodo histórico: la era nuclear en el devenir de la Guerra Fría. Esta virtud se refuerza a lo largo de la lectura del capítulo 3, en que por medio de las primeras reacciones a la bomba atómica de parte de los lectores se ve cómo el mundo se desgaja en dos grandes mitades, una de vencedores y otra de vencidos, una de dominio y otra de resistencia. Este asunto, más que ilustrar la condición real de los hombres y mujeres, nos pone frente al proceso del juego de espejos y percepciones falsas repetido hasta la sinrazón durante la carrera armamentista de la segunda mitad del siglo XX. Por si no fuera suficiente, en el capítulo 5, la autora brinda una justificación de la pertinencia de su hipótesis desde el punto de vista de la teoría periodística, una encuesta

entre 400 profesionales de la comunicación y algunas visiones adicionales que dejan claro la categorización de la bomba en Hiroshima como el hecho noticioso más importante del siglo pasado. Estas consideraciones le dan pie a una definición dinámica de los conceptos de censura, manipulación y propaganda como un conjunto de mecanismos estratégicos relacionados que moldean la creación mediática, histórica y vivencial de hechos.

La autora está consciente de que en todas las etapas del tratamiento de la noticia sobre la bomba de Hiroshima intervinieron mecanismos de manipulación e influencia, es decir intervinieron fuentes de información «llámense testigos, gobierno, organizaciones multilaterales, burocracias» más poderosas que transmitieron sus mensajes de manera más eficaz que las débiles. Sin embargo, hace hincapié en la naturaleza de las estrategias en cada fase del proceso: “primero ‘el silencio’ durante la censura, después la amplia divulgación o propaganda en la etapa que más adelante llamamos ‘exploración’ o ‘explosión’ informativa, y finalmente hablaremos de ‘manipulación’ refiriéndonos a la etapa en que la propaganda rebasó el control de las fuentes informativas oficiales, y éstas intentaron retomarlos, vigilando que no hubiera cuestionamientos, opiniones contrarias, versiones distintas a las autorizadas” (p. 271).

Estos conceptos son la materia del nudo analítico del libro en el capítulo 6, donde plantea cómo la prensa estadounidense experimentó la censura o el “silencio total”, desde el inicio del proyecto Manhattan en 1942 hasta el 6 de agosto de 1945 cuando cayó la bomba; una segunda etapa tipificada como “explosión informativa” a partir de la explosión atómica en Hiroshima, y una tercera de “manipulación” en que debido al exceso de información se echó a andar el proceso propagandístico con el fin de divulgar sólo información oficial y temas autorizados.

En Japón, por otra parte, el proceso tuvo su propia dinámica. La primera etapa de censura, justo después del ataque con la bomba, vino desde el campo de los militares que no querían interferir o dar mensajes encontrados con la labor propagandística que se había realizado durante la guerra. La segunda, llamada de “exploración informativa”, sucede diez días después de la explosión cuando, ante la rendición de Japón, los medios de comunicación oficial “dado el descontrol del momento” difunden intensivamente los daños de la guerra, en general, y la bomba, en específico, como reflejo de la frustración por la derrota tras años de difundir únicamente triunfos. Este periodo concluye con una “etapa de censura posterior” operada por la ocupación de las fuerzas aliadas.

Los siguientes dos capítulos están dedicados al sostenimiento empírico del análisis mediante la revisión de los tres diarios japoneses y tres estadounidenses de mayor circulación y distribución geográfica del 6 de agosto al 20

de septiembre de 1945. La revisión de las similitudes, diferencias, influencias y propagandas de forma y fondo del *Asahi*, el *Yomiuri* y el *Mainichi*, en Japón, y *The New York Times*, *The Washington Post* y *Los Angeles Times*, en Estados Unidos, permiten a la autora dar una buena visión del comportamiento de la prensa en ambos países.

Las conclusiones del libro, escritas en un lenguaje llano y comprometido, son un recuento del mismo rematado con el exhorto para que los profesionales de la comunicación reparen esta omisión histórica (aún tienen una deuda) y aprendan de esta experiencia con el fin de no incurrir en los mismo errores.

“Hiroshima debe vislumbrarse «dice González en el último párrafo» desde ángulos distintos a los que la han convertido, desde 1945, en la imagen abstracta de una enorme nube en forma de hongo. Es necesario que el mundo vea también con la óptica de la víctimas, de aquellos que durante algún tiempo no tuvieron voz, y hoy se acercan en silencio a la muerte. El periodismo tiene una deuda moral y un difícil reto: rescatar esos testimonios, las reflexiones científicas surgidas desde el mismo momento en que se fabricaba la bomba, y luchar para sacudirse el yugo de la censura, que aún esconde datos y solapa el desarrollo de las armas más destructivas del mundo, bajo el falaz argumento de garantizar la seguridad, la paz y el progreso de la humanidad” (pp. 615-616).

FROYLÁN ENCISO

Víctor Hugo Martínez González, *Fisiones y fusiones; divorcios y reconciliaciones: la dirigencia del Partido de la Revolución Democrática, 1989-2004*, México, Centro de Estudios Políticos y Sociales de Monterrey, A. C./Facultad de Ciencias Políticas y Sociales y Facultad de Contaduría y Administración (UNAM)/Flasco/Plaza y Valdés, 2005, 271 pp.

Aunque el estudio de los principales partidos políticos de México no es nuevo, en los últimos años han aparecido investigaciones que intentan desentrañar su vida interna, de modo que, en alguna medida, sea posible explicar su comportamiento en la política nacional ahora que la alternancia y el pluralismo son hechos consumados. La tarea no es infundada porque los tres principales partidos han experimentado cambios radicales: uno se ha convertido en oposición después de décadas de ser el dominante, y los otros dos tienen responsabilidades de gobierno que si bien materializan sus esfuerzos democráticos, también exhiben, y en ocasiones subrayan, su inexperiencia política o su incompetencia administrativa para dar resultados comproba-